



SAN FRANCISCO DE BILBAO (1).

Cuántas veces hemos tomado la pluma para dar algunas noticias de las obras y monumentos que, aunque en pequeño número, encierra la invicta villa de Bilbao, otras tantas lo hemos hecho llenos de placer y con la satisfacción que naturalmente causa publicar hechos brillantes que honran y ennoblecen. Esta vez nuestra misión es distinta, y mas triste por lo mismo nuestra tarea. El magnífico dibujo que encabeza este artículo dice lo bastante por sí solo, y es el emblema de un justo sentimiento. El único monumento gótico que conserva la villa de Bilbao, porque sea dicho de paso, el arte gótico no se extendió con pureza en este país, va á desaparecer, y acaso no estará lejos el día que la pica del cantero y la palanca del peon de albañil harán esfuerzos para arrancar y demoler los ricos sillares que tiempos atrás se trabajaron y esculpieron por manos maestras é inteligentes.

(1) El doctor D. Agustín de Arregui y Heredia, secretario de la comisión de monumentos artísticos, hoy director del instituto vasciano, escribió en el año de 1846 una memoria descriptiva de este hermoso templo, y mandó á la comisión central varios dibujos y detalles de sus capillas y enterramientos.

La iglesia de San Francisco (1), precioso tesoro del arte gótico y arabesco en varios de sus detalles, hablamos relativamente, en cuya gallarda nave ostenta las tres épocas marcadas que florecieron hasta el siglo XVI, en Toledo y en Sevilla (2), tiene que arruinarse, y tal vez las preciosas ogivas que la alumbran, los variados enterramientos de las capillas, las esbeltas columnas agrupadas de distintos gustos, y los lindos adornos de delicada crestería, doseletes y capri-

(1) En la descripción histórica artista de la villa de Bilbao, que hizo en el viaje pintoresco por las provincias vascongadas un distinguido literato que hoy ocupa un puesto elevado en la nación, se lee lo siguiente: «La grande y suntuosa iglesia del imperial San Francisco, fué construida el año de 1501 y concedióle el rey Don Carlos I de España y V emperador de Alemania el año de 1559, la facultad de usar de sus armas imperiales y reales: su torre es alta, ligera y elegante, y al presente está sin cruz ni flecha en el remate.»

(2) Aunque se fija la construcción de este templo en el año de 1501, por lo que se ve en el carácter de arquitectura de la grande nave, debió ejecutarse en tres distintas épocas: así se observa también en la parte material de los muros de sillaría, en donde se conocen las uniones, y así igualmente se deja comprender por la distinta forma de las fachadas exteriores.

6 DE MARZO DE 1855.

chos arabescos (véase la lámina), se emplearán en paredes que sirvan para contener un terráplen, ó cimentar los lienzos de un edificio cualquiera. La hermosa planta de una nave gentil que mide mas de doscientos pies á un lado y cincuenta al otro, sin contar las capillas, que ha resistido á las guerras y discordias civiles, que han respetado los siglos y hasta la incuria de los tiempos, en un abandono de cerca de veinte años, la mano del hombre se ha encargado de arrancar y sepultar para siempre.

Desgracia es á la verdad que tal suceda en un pueblo en donde se adorna y se construye, se decora y se ennoblece: lo repetimos, ocasiones hemos tenido de ocuparnos con orgullo de esta tarea, ocultando quizá este presentimiento, que aunque se estaba viendo venir desde hace algunos años, nunca lo pudimos ni debimos creer.

No acertamos á discurrir la causa que fecundiza ocultamente el germen de destruccion en un pueblo que siempre se ha distinguido por sus valientes creaciones. Este es un fenómeno cuyo origen lo desconocemos, pero que desgraciadamente palpamos sus consecuencias desde principios de este siglo. De esta época data solamente el genio del desacierto, si así puede llamarse, porque no tenemos noticia que hasta el año diez y seis haya sucedido demolicion de ninguna obra que reuniese mérito artístico.

Hubo hasta estos años una elevadísima torre correspondiente á la basílica de Santiago, que ocupando el centro mismo de la poblacion, se enseñoreaba sobre todos los edificios de ella, y parecia el centinela y guia de sus habitantes: su magnífica campana de reloj, de las primeras de España, colocada á una altura sorprendente, estendia su argentino y claro sonido distintamente á los mas lejanos barrios, á una legua de distancia, segun dicen los antiguos, pues esta torre, primera tambien en el señorío, por las circunstancias que en ella concurrían, se derribó el año de 1817, cuando aun nosotros éramos niños. Ahora que tenemos noticia de la causa de su demolicion, por haber oido que personas inteligentes declaraban ser extraordinaria su altura para que resistiesen los débiles fundamentos de apeo en el cuerpo primero sobre planta, no afeamos precisamente esta disposicion, pero si sentimos que aquellos profesores de mérito conocido no estudiaran mejor la nueva obra, y sustituyesen la antigua con una cosa digna de una villa rica y elegante, justamente en los años en que el puerto de Bilbao tenia nombre en ambos mundos, floreciendo su comercio admirablemente, y que á la sombra de sus venerandos fueros, entonces puros, la riqueza era conocida: se construyó pues en su lugar un campanario mezquino, de mala fabricacion y peor gusto, en donde se veían avergonzados algunos de los adornos de la antigua torre: duró hasta hace pocos años, y como si le persiguiera el sino de la desgracia, últimamente con el carácter de provisional, el campanario se convirtió en tejabana, y este es hoy el triste recuerdo tambien de aquel monumento (1).

Lo mismo aconteció con el adorno que remataba las antiguas casas consistoriales: derribáronlo con el pretexto, ó por el fundado temor de que amenazaba ruina, y esta obra, tambien dirigida por inteligentes, no supieron ó no quisieron sustituir con otra, que á lo menos cuando no se viese en ella la gracia del buen gusto, tuviese siquiera el mérito de conservacion: esto mismo ha sucedido con alguna otra obra del arte, como decimos de medio siglo á esta parte, y está sucediendo hoy mismo, no solamente con el San Francisco que nos ocupa, sino tambien con el primero, mejor y mas elegante puente colgante, construido en España hasta hace muy pocos años. Este puente, que por los años de veintisiete y veintiocho hacia eco en la nacion en donde aun no se conocia, además de su verdadera solidez, tenia algo de monumental; y cuando el viajero castellano lo veia por la vez primera al cruzar la antigua plaza donde están las casas consistoriales, quedaba agradablemente sorprendido observando su hermosura y gentileza. Fué tanta su celebridad en la época á que nos referimos, que el pueblo cantaba con frecuencia una copla, á él alusiva, que dice así:

No hay en el mundo
puente colgante
mas elegante,
ni otro Arenal...

El severo templete que servia de enganche y apoyo á las cadenas por el lado de la ribera, estaba construido con arte y majestad, y no chocaba absolutamente con el resto de caserio, agradable en lo general, en este hermoso paseo. El puente se demolió sin embargo, porque el suelo y maderamen necesitaban reforma, y tambien porque en las cadenas habia algunos eslabones oxidados, particularmente sobre los machones, como si esta circunstancia, no difícil de remediar, fuera suficiente motivo para derribar la parte que no tuviese relacion con el

peligro: hace dos años que después de hacer las nuevas pilas, de poca gracia por cierto, y después tambien de haber comenzado y colocado la mayor parte del alambre, quedó paralizado, y dicen que hay que hacerlo de nuevo. Repetimos que esto que nosotros mismos vemos no lo podemos comprender, porque precisamente Bilbao cuenta en su reducida villa un número grande de profesores de bastante genio, cuyas carreras y pruebas en la real academia de San Fernando han sido siempre brillantes.

Volvamos al objeto principal que motivan estas líneas: cuando se está agitando la cuestion de los caminos de hierro, como uno de los elementos que han de dar vida á las poblaciones en general, y mayor por consiguiente á los puertos, Bilbao estudia tambien su proyecto, y parece que uno de aquellos que mas ventajas ofrece para su realizacion como camino, segun los inteligentes, debe pasar por la antigua villa, por Bilbao la vieja. Siendo esto así, y de cualquier modo que sea, la poblacion al otro lado del puente colgante y de Isabel II, se aumentará necesariamente, sea correspondiente á la jurisdiccion de Bilbao ó como anteiglesia de Abando, y con el aumento de poblacion habrá necesidad de un templo, de una parroquia; ¿y cuándo se construirá otro San Francisco situado tan ventajosamente? Si la cualidad de artistas y un vislumbre de esperanza no sujetara nuestra imaginacion, sin duda que nos estenderíamos á mayores reflexiones; pero no, esperamos aun que no será solo el SEMANARIO archivado venerando á donde se conserva la memoria de muchas obras del arte, que la impericia, el vandalismo y la desgracia han hecho desaparecer, el que conserve los bellos recuerdos de San Francisco. Tenemos fundadas esperanzas en que nuestras presentes autoridades, celosas por demás por el bien general y por los adelantos del arte, echarán una mirada benévola hácia esos tristes restos; pues la mezquina utilidad que pudieran reportar sus mutilados materiales para emplearlos en la ereccion del nuevo cuartel que se edifica á su lado, teniendo abundantes en el resto de lo que fué convento, seria bien escasa comparada con el que resultaria de su preciosa existencia. Cuando por todas partes se vé alzarse el genio de las artes, se crean juntas, academias y corporaciones científicas que velen, reparen, conserven y restauren las antigüedades y monumentos que se han salvado de las discordias civiles, del abandono y de la incuria, lo único que en su clase Bilbao conserva, ¿se verá desaparecer? No; lo que tanto ha costado el construir, y como un coloso se ha sostenido al través de los siglos para memoria de las artes y de la historia, debe quedar en pie; bastante se ha destruido en esta nacion desventurada, y bastantes ruinas se encuentran por todos lados, que al estudioso viajero y al celoso artista le prestan sobrados materiales para llenar los periódicos artísticos y pintorescos con tristes descripciones.

Bilbao 21 de noviembre de 1852.

L. F. DE MONIZ.

LUCIO APULEYO.

Lucio Apuleyo nació en Madauro, ciudad del Africa, que hoy corresponde á Orán ó á sus inmediaciones, hácia el siglo segundo de la era cristiana, en el imperio de los Antoninos. Su padre, que era hombre de buen linaje y dunviro de su patria, se llamaba Teseo, y su madre Salvia, la cual era originaria de Tesalia y descendiente de la familia de Plutarco y del filósofo Sexto su nieto, preceptor del emperador Marco Aurelio. Después de haber estudiado Apuleyo en Cartago, pasó á Atenas, donde se aplicó á la filosofia de Platon, y luego á Roma, donde sin maestro aprendió la lengua latina, y se dedicó á la ciencia del derecho, saliendo excelente jurisperito. Hizo luego muchos viajes con el deseo de instruirse, y se inició en los misterios de muchas deidades para conocerlos á fondo, y después volvió á Roma, en cuya ciudad, hallándose sin medios para subsistir, por haber consumido su patrimonio en viajes y estudios, se tuvo que dedicar al foro para poder vivir. Pasado algun tiempo se restituyó al Africa muy lleno de conocimientos, pero muy pobre, y hallándose en Oea, una de las ciudades de la region tripolitana, cayó enfermo. Hallábase en esta poblacion un joven natural de ella, llamado Ponciano, el cual habia en Atenas conocido á Apuleyo, y le brindó con el hospedaje de la casa de su madre, viuda, llamada Pudentila, para que teniendo mejor asistencia recobrase mas pronto la salud. Ponciano, que amaba á su huesped, sabiendo que su madre tenia intencion de casarse, concibió la idea de que lo verificase con Apuleyo, queriendo mas bien que un hombre de la clase y prendas de este fuese su padrastro que otro alguno. No pasó mucho tiempo sin que Pudentila se llegase á preñar del mérito de Apuleyo y se resolviese á darle la mano; pero lo dilató hasta haber casado á su hijo Ponciano con la hija de un tal Rufino. Apenas se efectuó este matrimonio, temiendo Rufino que tuviese Pudentila otros

(1) Al reedificar á principios de este año una casa de campo al otro lado de la ribera, tuvimos el sentimiento de ver confundido entre el mortero y tosca mampostería, un precioso remate tallado de algun jarro ó candelabro, cuyo esmerado trabajo aun se conocia.

hijos, lo que era en perjuicio de su yerno, trató de impedir el enlace de esta, y logró que Ponciano se opusiese á él, aunque antes lo había solicitado; pero su madre llevó á cabo su designio, celebrando su boda en una casa de campo cerca de Oea.

Poco tiempo después murió el joven Ponciano, y su tío, nombrado Sisinio Emiliano, se unió á Rufino para perder á Apuleyo, á cuyo fin publicaron que había envenenado á Ponciano, y que valiéndose de sortilegios había cautivado el corazón de Pudentila. Omitiendo la primera imputación, Emiliano, en nombre de Sisinio Pudente, hijo menor de Pudentila, alegó la segunda en un pleito que tenía con esta, en que trató de probar ante el procónsul de Africa, Claudio Máximo, que Apuleyo poseía artes mágicas, mediante las cuales había conquistado el amor de Pudentila, y le acriminó como si fuesen delitos su belleza, sus hermosos cabellos, su buena dentadura, y que tenía un espejo, como cosa indigna de un filósofo. Apuleyo defendió él mismo su causa con grande energía y elocuencia, confundió á sus acusadores, y por medio de agudos é ingeniosos rasgos los puso en ridículo, y fué absuelto por el juez. Pasó Apuleyo el resto de sus días haciendo una vida tranquila como filósofo, y compuso muchas obras en prosa y verso de las que algunas no han llegado á nosotros.



(Lucio Apuleyo.)

La opinion de mago con que quisieron perder á Apuleyo se disipó por entonces; pero quedaron algunos rumores que se reverdecieron después de su muerte, y se fueron abultando de modo, que los paganos sostenían que había hecho un gran número de milagros que igualaban ó escudían á los de Jesucristo. Fundaban algunos esta opinion en haber sido autor del *Asno de Oro*, que tenían, no por fábula, como lo es evidentemente, sino por una historia verdadera, sin duda por haber leído esta obra sin reflexion, ó tener noticia de ella solo por oídas. El asunto de esta ingeniosa fábula es, que estando Apuleyo hospedado en Tesalia, país donde tuvo origen la magia, en casa de una muger llamada Byrrhena, donde habitaba otra por nombre Pánfila, que siendo muy gran hechicera, con varios ungüentos que tenía se transformaba en la especie de animal que quería, vióla una noche en que se la mostró su criada Fotis, desde un lugar secreto, cuando untándose con uno de aquellos ungüentos se transformó en buho, y salió volando por una ventana. Apuleyo, movido de una vehemente curiosidad, quiso convertirse tambien en buho; mas por yerro de Fotis, que equivocó el bote, se untó con uno que le convirtió en asno. Acometieron ladrones á la casa, y robaron á Apuleyo convertido en asno, con las demás caballerías que había en ella. Lo restante de la fábula contiene graciosísimas aventuras, algunas nada honestas, que acaecieron á Apuleyo, vendido y revendido á diversos dueños, con los que pasó muchos trabajos, hasta que comiendo unas rosas, que era el remedio para restituirse á su natural figura, la recobró. Esta, como se conoce evidentemente, es una mera fábula, y así lo dice su mismo autor al principio: *fabulam graecanicam incipimus*, y por consecuencia ficción cuanto se dice en ella; por lo que de ningún modo puede servir de argumento para probar que Apuleyo poseyó las artes mágicas.

Era Apuleyo de corazón generoso, y su liberalidad en socorrer á los indigentes, favorecer á sus amigos, mostrarse agradecido á sus maestros dando dotes á sus hijas, contribuyó á consumir su patrimonio. A las mas relevantes dotes de espíritu reunía Apuleyo un bellissimo rostro y gallarda persona: hé aquí cómo se pinta él mismo en el libro XI del *Asno de Oro*: «*inenormis proceritas, succulenta gracilitas, rubor temperatus, flavum et inasfectatum capillitium, oculi caestu quidem sed vigiles et in aspectu micantes prorsus aquilino, quoguoversum floridis speciosus et inmeditatus incessus.*»

Los sabios de todos los siglos han hablado con grande elogio de Apuleyo, y entre ellos otro grande ingenio africano, San Agustín. Aun viviendo adquirió gran fama y celebridad por su saber, y tanta, que le erigieron estatuas en Cartago y otras ciudades.

Apuleyo dejó muchos monumentos de su laboriosidad y aplicacion á las letras: tradujo el *Fedon de Platon* y la *Aritmética de Nicómaco*, y escribió de *República*, de *Numeris*, de *Música*, *epistolae ad Cerellium*, *Proverbia*, *Hermágoras*, y los libros titulados *Ludicra*, todos los cuales escritos no han llegado á nosotros. Consérvanse otros que son: *Floridorum libri iii*, de *dogmate Platonis*, de *Philosophia sive de deo Socratis*, *Apologiae sive orationes decae pro se ipso*, de *mundo sive cosmographia de Medicaminibus herbarum*, de *Syllogismo categorico*. *Mercurii trismegisti Asdepius de voluntate dei* L. Apuleyo interprete, y finalmente *Metamorphoseon, sive lusus asini libri xi*.

Esta obra, conocida con el nombre de *Asno de Oro*, es la que ha dado celebridad á Apuleyo; pero el argumento no es original: su primer autor fué Lucio de Patrás, de quien reduciéndolo á compendio lo tomó Luciano, y de este Apuleyo, que lo perifrasedó y le hizo muchas adiciones, entre ellas la de la fábula de Psiquis y Cupido, que ha pasado por la mas bella de la antigüedad en su género. Sus incidentes están tan ingeniosamente encadenados los unos con los otros, y son tan adecuados al asunto, que el *Asno de Oro* puede ser considerado como un modelo de las obras de su clase. Su estilo, aunque algo áspero y extraño, es vivo y enérgico, y aunque el autor se vale á veces de términos que no hubieran sido tolerables en el siglo de Augusto, no desagradan por lo propios que son para espresar lo que pretende.

Mr. Warbunton, escritor inglés, piensa que el verdadero designio que se propuso Apuleyo en la composicion de su fábula, fué recomendar la iniciacion en los misterios gentílicos, contraponiéndolos á la religion cristiana que se iba introduciendo por todas partes. Mas cualquiera que haya sido su intento, el *Asno de Oro* es una de las obras notables de la antigüedad, que contiene profunda doctrina moral, al mismo tiempo que ofrece grande interés y agradable entretenimiento.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

TEATRO DE SOLIS.

Hacia el último periodo del gran siglo de nuestra literatura dramática, y cuando esta, después de haber tocado en su brillante apogeo en manos de Calderon y de Moreto, anunciaba ya su decadencia y eclipse entre las nubes del mal gusto y las exajeraciones de la fantasía de los Matos y Cubillos, Mendozas, Diamantes y Candamos, aparece una elevada figura, un insigne talento verdaderamente dramático, para recoger, puede decirse, y consignar dignamente los últimos acentos de nuestra musa escénica.

Este fué D. ANTONIO SOLÍS Y RIVADENEIRA, tan célebre en otro concepto en nuestra república literaria, como elegante historiador de la *Conquista de Nueva España*.

Nacido en Alcalá en 1610, su ingenio peregrino, su natural agudeza y su extraordinaria instruccion, adquirida en una brillante carrera en ambas universidades de Alcalá y Salamanca, le permitieron desde muy joven distinguirse y brillar con obras literarias de un mérito poco comun, y entre otras, con una comedia que llevaba el título de *Amor y obligacion*, que compuso á los diez y siete años de su edad, y fué muy bien recibida del público. Patrocinado luego por el conde de Oropesa D. Duarte de Toledo y Portugal, virey que fué de Navarra y de Valencia, y posteriormente presidente de Castilla, uno de aquellos distinguidos magnates que se honraban en dispensar su proteccion á los ingenios, pudo desplegarse á su sombra el fecundo de SOLÍS y brillar desde la altura conveniente en aquella corte poética é ilustrada. Secretario primeramente del mismo conde de Oropesa, y después de S. M., oficial de la secretaría de Estado, y cronista mayor de Indias, tuvo ocasion en su larga vida y en el desempeño de tan importantes empleos, de acreditar su inmensa instruccion en las ciencias políticas; en sus obras literarias, y señaladamente en la magnífica *Historia de la conquista de Méjico*, su erudicion, su genio y su buen gusto. Y por último, hasta en el cultivo de las musas, á que

por inclinacion, irresistible, sin duda, solia dedicar los cortos momentos que le permitia el ejercicio de sus importantes funciones, dejó consagrado su variado talento, su discrecion y lozanía, en términos de merecer ornar su frente con esta doble corona.

Todavía en la larga y bien aprovechada carrera de su vida tuvo tiempo de dedicar el último tercio de ella al ejercicio de la profesion y á la práctica de las virtudes religiosas; siguiendo el ejemplo de sus grandes maestros Lope de Vega, Calderon, Moreto y Tirso de Molina, se ordenó de sacerdote á la edad de cincuenta y siete años, y dijo su primera misa en 1667, en el noviciado de la compañía de Jesús, cesando desde aquel momento absolutamente en el cultivo de las musas, hasta el punto de negarse á componer ni aun los Autos sacramentales de día del Corpus, en que habia alcanzado tantos lauros D. Pedro Calderon, y ni aun quiso terminar una comedia que tenia empezada, y llevaba el título de *Amor es arte de amar*. La práctica de sus deberes religiosos, el ejercicio de las virtudes cristianas, y la continuacion de sus tareas como coronista de Indias, en una segunda parte que dejó sin acabar y no ha sido impresa, ocuparon los últimos años de su vida, hasta que en la avanzada edad de setenta y nueve falleció en 19 de abril de 1686, siendo depositados sus restos mortales en la capilla de Nuestra Señora del Destierro, del convento de San Bernardo, demolido en nuestros días.

Como nuestro objeto no sea mas que el de considerar á Solís como poeta dramático, prescindiremos de los altos títulos que le recomiendan como político, como historiador y como lírico poeta, para tomar únicamente en cuenta el escaso, aunque precioso repertorio de su teatro, limitado á corto número de comedias, si bien abundante en prendas de valor y mérito literario.

El tomo que las comprende todas, ó por lo menos las nueve reconocidas como auténticas de Solís, fué impreso bastantes años después de su muerte, en 1716, por licencia concedida á Antonio de Reyes, vecino é impresor en esta corte; así como tambien otro tomo de poesias sagradas y profanas del mismo Solís. Dánsele tambien algunas otras comedias que fueron impresas á su nombre, pero se cree que en ellas solo tuvo Solís una parte, como en la de *El pastor Fido*, que escribió en colaboracion con Calderon y D. Antonio Coello; la de *El mayor triunfo de Julio César y batalla de Farsalia*; la de *La firme lealtad*; la de *La mas dichosa venganza*; y algunas otras que no fueron incluidas en la coleccion póstuma, según la nota puesta al pié de la misma, por tenerse por cierto no ser de Solís.

Viniendo ahora á las nueve reconocidas que aquella comprende, nadie podrá negar la justicia con que por ellas se ha colocado á Solís en un lugar señalado entre nuestros buenos dramáticos de segundo orden, y uno de los mas acertados y últimos representantes de la comedia de Calderon y de Moreto. Careciendo seguramente de la invencion y ardiente fantasia del primero, y no llegando tampoco al grado de fuerza cómica y de buen gusto del segundo, D. Antonio Solís (en quien sin duda el cultivo de las musas no era una profesion verdadera, sino la distraccion de mas serios trabajos), demuestra sin embargo que su peregrino talento, su esquisita instruccion y su gusto cultivado, le permitian cruzar las armas de su ingenio con aquellos admirables modelos, y mantener con honor el campo escénico español, después que de ellos se viera abandonado.—Prueba de ello son en el estilo heroico sus comedias de *Euridice y Orfeo*, *Triunfos de amor y fortuna*, *Las amazonas*, y sobre todo la preciosa de *El alcázar del secreto*, en las cuales acertó á imitar á Calderon hasta en sus mismos estravios; y en el género cómico las de *El amor al uso*, *Un bobo hace ciento*, y *La gitanilla de Madrid*, que por su discrecion, regularidad y vis cómica, pueden competir con las mas celebradas de Moreto.—Especialmente la primera, que mereció los honores de la traduccion al francés por el poeta Scarron, bajo el título de *L'amour á la mode*, es reputada justamente como una de las mas discretas y cómicas producciones de nuestro antiguo teatro, y de ella dice uno de nuestros mas eminentes poetas y críticos contemporáneos, el señor Martinez de la Rosa, lo siguiente:—«Invencion agudísima, traza sutil, situaciones cómicas, burla viva y donosa de un defecto muy comun en hombres y mugeres, lenguaje castizo y ameno, versificación fluida, chistes graciosos y oportunos, todo contribuye á recomendar esta composicion bellísima, que tiene asegurado su éxito y aplauso, mientras dure en el mundo la maldita moda, antigua á lo que parece, de amar poco y ponderarlo mucho».—Preciso seria copiar aquí toda esta preciosa comedia para reconocer hasta qué punto es justo aquel elogio; pero ya que esto no sea posible, escogeremos algunos de los trozos y chistes que la esmaltan y sirven para retratar fielmente á los personajes en que se quiere emblematicar cómicamente el falso amor. Véase en prueba lo que dice la dama para disculparse de haber dado una cita á uno de sus galanes.

DOÑA CLARA. Aunque ves mi condicion tan galante y esparcida, te prometo que en mi vida

he dado esta permission, sino es solo á Don Gaspar, que por hablar de buen gusto alguna noche, este susto he querido atropellar. Y esto no es quererlo yo, que eso de que amor engaña abrasa y rinde, es patraña que algun ocioso inventó. Amor es duende importuno que al mundo asombrado trai, todos dicen que le hay, y no le ha visto ninguno. ¿A quién no causa fastidio esta pasión amorosa, no siendo amor otra cosa que una fábula de Ovidio? ¿Y qué importa que se nombre amor este devaneo, si es confirmar el deseo y luego mudarse el nombre? ¡Válgate Dios por dolencia no acabada de entender! ¿es esto mas de creer que está allí mi conveniencia? ¿No tira la voluntad, geometra superior, todas las líneas de amor al punto comodidad? Yo no sé si á mí me tiene ciega en lo que me aconseja; pero bien sé que me deja mirar lo que me conviene. Y si está en mi pecho fiel algo mas privilegiado hoy, Don Gaspar, es que he hallado mas conveniencias en él. Porque el querer con fervor á otro, es amor impropio, y así solo el amor propio viene á ser el propio amor.

ó estotro diálogo entre el galán y su criado que viene á ser una glosa de las mismas ideas de la dama:

ORTUÑO..... Quien no te ve tierno aquí, allí airado, allá quejoso, acullá fuera de tí, siempre en el afán ocioso de dar de aquí para allí. Ya te acredita de amante el favor, y ya la ira, ciñéndose á cada instante del color de la mentira, camaleon tu semblante. Válgate el cielo, señor, no te acabo de entender; ¿qué es esto?

D. GASPAR.... Todo es amor.
ORT..... ¿Cómo? ¿El engaño ha de ser amor?

D. GASP..... Por eso mejor.
ORT..... ¿Pues no es amor un confuso accidente apetecido, un fuego en el alma infuso, y un hielito al aliento unido?

D. GASP.... Si eso es amor, no es *al uso*.
ORT..... ¿No es amor un leve ardor, no es un daño procurado, un apacible dolor y un dulcísimo cuidado?

D. GASP..... No es *al uso*, si es amor.
ORT..... ¿Pues no sabremos cuál es amor *al uso*, señor?

D. GASP..... En mi pecho no lo ves?

ORT..... Explícamelo mejor.

D. GASP..... Oyelo pues.

ORT..... Dilo pues.

D. GASP..... Acreditar sin pena una pasión, perder miedo y cariño á la beldad,

hacer su voluntad sin voluntad,
suspirar sin dar cuenta al corazón;
No matarse en pasando la ocasión,
llorar en ella por curiosidad,
formar de una mentira una verdad,
hacer de una palabra una razón;

Mudar de sitio en el primer vaiven,
arrojar los pesares por ahí,
recibir los favores al desden;

Y en fin, para acabar de estar en tí,
querer á todas las mugeres bien,
y mal á cada una de por sí.

Finalmente, estas preciosas décimas en que prorrumpe la dama, y en las que parece dominar ya un sentimiento mas natural de la pasión mas amorosa, espresado en términos que no desdecirían en boca de la mas amartelada dama de Lope de Vega ó de Calderón.

Pensarás ingrato amante
que á mí me hace novedad
el ver esta variedad
en tu pecho y tu semblante;
pues no, ninguna se espante
ni otra acción del hombre espere,
que el que mas gime y se muere
por vencer nuestro desden,
dice lo que quiere bien,
mas no dice lo que quiere:
El hombre menos traidor
atrás nuestro engaño deja,
y está el ser mejor su queja,
en que se queja mejor;
nosotras nuestro dolor
no le sabemos decir,
sentirle sí, hasta morir;
pero ¿qué viene á importar,
si nos falta el ponderar
que es el alma del sentir?

La comedia de *La gitanilla de Madrid*, es otra de las que pasan justamente por de las mejores de Solís; y en efecto, es notable por la inteligencia en la conduccion de la intriga, por la gracia y verdad de los caracteres, por la regularidad clásica de la acción, y por la soltura del estilo; pero preciso es convenir que en ella, como en otras varias de sus composiciones dramáticas, renunció Solís á la invención propia, limitándose á poner en acción un argumento trazado anteriormente por otros autores; el de esta está evidentemente copiado de la novela de Cervantes que lleva el mismo título, y que tambien habia trasladado ya á la escena el doctor Juan Perez de Montalvan, y por cierto que su comedia no desmerece, sino es ya que aventaja á la de Solís. A pesar de ello, hablando de este autor y de esta comedia en su *Paratodos*, el calumniado Montalvan decia: «D. ANTONIO DE SOLÍS escribió la *Gitanilla*, comedia excelente, y quien conoce su espíritu, talento y ciencia, á todas luces creará que como en esto fué superior á lo será en lo demás.

Un bobo hace ciento, si bien pecando demasiado contra la verosimilitud, y tocando en su argumento en una complicacion estremada, es por otro lado un tejido de chistes y sales cómicas en que luce y campea el gran talento, el gusto y la festividad urbana de Solís, y la aseguran perpétuamente un lugar señalado en nuestra escena.

Otro tanto quisiéramos poder decir de las comedias de este autor en el género heróico; pero ya sea porque siguiere en ellas la corriente del gusto público, ó ya porque siendo dedicadas á representarse en los reales palacios fuera condicion *sine qua non* la de adoptar la moda que en ellos habian acreditado Velez de Guevara, Cubillo, Mendoza, y otros muchos, hasta el mismo Calderón, es lo cierto que al leer los delirios, las metáforas, las hipérboles y retruécanos de *Euridice* y *Orfeo*, *Las Amazonas*, y *Triunfos de amor y fortuna*, nadie creeria estar escuchando al autor de *El amor al uso*, si bien en la de *El alcázar del secreto* supo llevar la imitación á tal estremo que nos parece oír la fantástica musa del gran Calderón.

En todas ellas se descubre el ingenio y la culta espresion de Solís, y de ello pudiéramos ofrecer infinitos ejemplos si no temiéramos cansar la atención de nuestros lectores. Sirvan sin embargo de escepcion algunos que tomamos al acaso en las mismas citadas comedias.

En la de *El alcázar del secreto* se halla este diálogo glosa que parece robado al mismo Lope de Vega:

ALCINA..... Los remedios del olvido
no los conocí jamás,

que siempre he querido mas
lo que olvidar he querido.

ASTREA..... ¿Qué te importa, amor, hacer
esfuerzos, ni porfiar,
si la ciencia de olvidar
se consigue sin querer?
Discurso, engañado estás,
que aunque yo te he persuadido,
los remedios del olvido
no los conocí jamás.

DIANA..... Quien aspira á la victoria
de una pasión impedida,
si se acuerda de que olvida
se queda con la memoria.
¿Qué es lo que intentas, sentido?
no forcejes; ¿dónde vas?
que siempre he querido mas
lo que olvidar he querido.

ASTREA..... ¿Qué importa que mi pasión
con mi razón se despeche,
si para que me aproveche
he de olvidar mi razón?
Corazón, no insistas mas,
pues yo que el daño he sentido,
los remedios del olvido
no los conocí jamás.

DIANA..... Quien de olvidar hace empeño
no lo podrá conseguir,
que el deseo de dormir
suele desterrar el sueño.
Discurso, no estés rendido
si tan obstinado estás,
que siempre he querido mas
lo que olvidar he querido.

O este otro en el galán y el gracioso en la comedia de *Amparar al enemigo*:

D. CARLOS.... Si tú supieras amar,
con lo que hoy en mí sucede,
te pudiera aquí probar
cuán mal olvidarse puede
lo que se quiere olvidar.
Pero de amor la pasión
ignoras, y así no pido
consuelos á tu razón,
porque quien no ha padecido
no sabe de compasión.

MUÑOZ..... Tambien yo amar he sabido;
mas por mugeres, señor,
pocas veces me he afligido,
que de cualquier sinsabor
con un dexo me despidió.
Vosotros os deshaiceis,
os podrís y aniquilais.

D. CARLOS.... Los picaros no quereis,
solamente deseais.

MUÑOZ..... Y los señores ¿qué haceis?

Ultimamente, como muestra de la viveza y chiste cómico del diálogo de Solís, no podemos resistir al deseo de transcribir dos trozos de los puestos en boca del gracioso en la comedia fantástica de *Euridice* y *Orfeo*. Habla en el primero con su muger, y en el segundo con dos ministros del infierno:

FENISA.....
la sogá hurtaron del pozo.

ANFRISO.... ¿La sogá del pozo hurtaron?
¡pesar de quien me parió!
de nada me pesa tanto;
¿la sogá?

FEN..... Si, señor mío,
la sogá.

ANF..... ¿Y no habrá quedado
otra sogá vieja en casa?

FEN..... Ni una hilacha, ni un esparto.

ANF..... Miradlo bien.

FEN..... Bien lo he visto.

ANF..... ¿No habrá siquiera un pedazo?

FEN..... ¿Para qué?

ANF..... Para ahorcarme.

FEN..... Tened, tened, que ahora caigo
en que un pedazo ha de haber
que estaba para estropajos,
y no mudará de oficio
si en vos se viere empleado.

ANF..... Alto, pues, yo me he de ahorcar
por salir de mal estado:
vamos, muger.

FEN..... En mi vida
os ví andar con tanto espacio.

ANF..... Vamos, pues; pero muger
¿sabeis en lo que he pensado?

FEN..... ¿En qué, marido?

ANF..... En ahorcarme
todo entero.

FEN..... A eso tiramos.

ANF..... Si, mas donde fuere el todo,
¿no ha de ir la mitad?

FEN..... Es llano.

ANF..... Pues si vos sois mi mitad
yo me resuelvo á empezarlo
por vos, y conforme os fuere
proseguiré mi trabajo.

FEN..... Malos años para vos.

ANF..... ¡Maridos desconsolados,
el camino que elegisteis,
angosto es, pero no es largo.

Descúbrese el infierno, y queda Anfriso en medio de dos ministros.

1.º..... Paréceme (¿con quién hablo?)
que tiene de verse aquí
algun miedo: ¿no es así?

ANF..... Acertó: digo que es diablo.

1.º..... Lléguese acá.

ANF..... Mas deseo
huir de aquí como un galgo.

2.º..... Mire hácia adentro ¿ve algo?

ANF..... Fuego de Dios, lo que veo!

1.º..... Allí en tormentos y calma
muy aprisa se verá.

ANF..... Yo?

2.º..... Sí.

ANF..... Pues me pesará,
y me pesará en el alma.

2.º..... Mire con cuán espaciosa
llamas aquel fuego viene.

ANF..... Bravísima flema tiene;
parece eterno en sus cosas.

1.º..... Tres que están hácia esta quiebra
son las parcas.

2.º..... Con medida
traen el hilo de la vida.

ANF..... Mozas son de buena hebra.

1.º..... Aquellas tres que señalo,
son las furias.

2.º..... Su cabello
es de culebras.

ANF..... ¿A vello?

Aun están en pelo malo.

1.º..... Aquel... mas ya se escondió.

ANF..... ¿Quien era?

1.º..... El miedo, y se fué.

ANF..... No se ha perdido.

1.º..... ¿Por qué?

ANF..... Porque aquí le tengo yo.
¿Y aquello que miro allí?
¿quién es?

2.º..... La vejez.

ANF..... Acá
parece moza.

2.º..... Será,
que por eso vino aquí.

ANF..... ¿Y aquella?

1.º..... Es la desventura

ANF..... Y esotra?

2.º..... Esa es la pereza

ANF..... Y esta de aquí?

1.º..... La torpeza

ANF..... Y la de allá?

2.º..... La locura.

ANF..... Esa es mi hija.

2.º..... Por qué?

Mire hermano lo que dice.

ANF..... Yo se muy bien que la hice
el día que me casé.

COMEDIAS

DE D. ANTONIO SOLÍS.

Alcazar (el) del secreto.
Amazonas (las) de Scitia.
Amor (el) al uso.
Amor y obligacion.
Amparar al enemigo.
Doctor (el) Carino.
Euridice y Orfeo.
Firme (la) lealtad.
Jitanilla (la) de Madrid.
Mas (la) dichosa venganza.
Pastor (el) Fido (con Coello y Calderon).
Triunfo de amor y fortuna.
Un bobo hace ciento.

R. DE M. ROMANOS.

FRANCISCO PIZARRO Y CRISTOBAL COLON.

I.

UN MAYORAZGO DE ESTREMADURA.

La vida real de nuestros pastores se diferencia mucho de la que nos pintan los poetas. En efecto, ¿dónde están las filis y las galateas con que engalanan sus églogas? No las encontraban por cierto en las praderas los mozos estremados que en el siglo XV conducian sus rebaños por las laderas de los montes de Toledo.

Allí no se notaban señales de verde musgo ni campos esmaltados de flores: en cambio presentaba el país pendientes ásperas, un terreno cortado, rocas, á cuya sombra crecía escasa yerba, y algunos árboles enanos, cuyas raíces se extendian sobre la superficie de la roca, á falta de tierra vegetal que las alimentase, y cuyas ramas, azotadas sin cesar por el viento, se arrastraban por el árido suelo.

El pastor que acaba de salir de esa gruta, en la cual le ha obligado á buscar asilo el calor del sol, apenas aparece vestido. Un bosque de negros cabellos, que la falta de aseo ha ido ensortijando, cae sobre sus espaldas desnudas y tostadas por el sol; su cutis es tan moreno como el de un mulato, y cubre todo su cuerpo un color bronceado. El único traje que ostenta, es una especie de enagua de pelo de lobo sujeta á la cintura, la cual solo baja hasta su media pierna. Un prolongado garrote de madera dura y un cuerno de buey pendiente de su cuello, completan su traje.

Todos los días se levanta al amanecer, y acompañado de su rebaño, se agazapa á la sombra de un arbol, ó al abrigo de las rocas, ó en alguna oculta gruta: allí se duerme, hasta que alguna fiera caprichosa llega á sacarle de su letargo, y le obliga á perseguirla entre rocas y barrancos.

Hoy hace lo que hizo ayer; mañana será la misma su tarea.

Y sin embargo, bajo esa frente espaciosa que encubren sus incul-tos cabellos, brillan unos ojos de fuego; la inteligencia se revela al través de esa máscara indiferente y grosera.

Francisco no es un pastor de Virgilio ni de Teócrito; nunca han repetido los montes de Toledo los ecos de su dulce caramillo; nunca ha disputado el premio campestre á otro rival tan diestro como él; nunca se ha puesto á entonar alternadamente con *Aminta*, ni con *Tírsis* los cantos bucólicos, tan gratos á las musas. Pero el pastor de Estremadura no es un mozo ordinario: su imaginación sigue el curso del Almonte, cuyas rápidas aguas se juntan con las del Tajo; sus pensamientos se dirigen mas allá de la ciudad de Trujillo, cuyas lejanas torres elevan sus picos de color gris, enhiestos y amenazadores.

El sol va á desaparecer detrás de los montes de la provincia de Alentejo: el joven pastor sacude su pereza, mira al astro del día que abandona el firmamento, y se pregunta á sí mismo si al día siguiente estará él en aquel mismo sitio para contemplar el mismo espectáculo.

Acércase la noche: Francisco empuña el cuerno, y en roncos sonidos da á su rebaño la señal de retirada.

Todavía no hemos dicho qué animales eran los que estaban á cargo del joven estremado. No: su rebaño en nada se parecia al de

Melibeo: este, así como los demás pastores de las antiguas églogas, hubieran evitado cuidadosamente su contacto impuro, su inmunda sociedad, porque... debemos declararlo; asemejábase al hijo pródigo de la Escritura; su rebaño consistía... en una piara de puercos.

Mas fáciles de alimentar y exigiendo menos cuidados, estos animales producen mas que los corderos, cuya lana no se explota: son el gran recurso de los países empobrecidos. Y en verdad, la Estremadura, por los años de 1390, era pobre á consecuencia de las guerras tenaces y continuas entre españoles y africanos, y por las contiendas intestinas que asolaban todavía las Castillas y las provincias comarcanas.

En prueba de aquella pobreza, solo aduciremos el alimento mas que frugal de Francisco: una galleta de centeno ó algunas mazorcas de maíz... hé aquí las provisiones diarias que lleva consigo: añade á ellas las frutas silvestres que la providencia de Dios le depara, y apaga la sed que en él despiertan tan sabrosos manjares con el agua de los arroyos que bajan de los montes.



Prosigamos sin perderle de vista.

Los animales se han reunido al escuchar los sonidos de su rústica trompa, y empiezan á bajar lentamente las escarpadas laderas; el joven apresura el paso de los mas perezosos con su palo, y por último llegan al valle regado por el Almonte.

Otras tres piaras iguales á la suya se le reunen allí, y otros tres jóvenes se acercan á Francisco.

Los cuatro se acogen con señaladas muestras de contento, como deben acogerse cuatro hermanos.

Después de esto, Juan, Gonzalo, Fernando y Francisco, prosiguen su ruta y llegan por fin á la entrada de un antiguo castillo.

Referir la esplendidez de este, sería faltar descaradamente á la verdad histórica. Conservaba el puente levadizo, que en aquella época de sorpresas y de incursiones á mansalva exigía la seguridad del menos acomodado señor; pero la yedra se había posesionado de la mayor parte de sus muros, el tiempo tuvo á su cargo desmantelar la antiquísima torre cuadrada que defendía la puerta, y de duplicar el número de sus aspilleras: por lo demás yacían en el foso casi todas las enormes piedras que formaban en otro tiempo los baluartes.

Por esta pintura debe conocerse que aquel castillo no podría presentarse hoy como modelo de los que en la edad media levantó el poder feudal en España.

Por consiguiente no existían en él ejércitos de escuderos, ostentando en sus sobrecargados trajes las armas de su señor, ni pajes lindamente ataviados que sostuviesen las colas de las prolongadas túnicas de orgullosos castellanos.

En la puerta solo había un hombre pobremente vestido, de mirada adusta y severo rostro, que esperaba la vuelta de sus hijos y contaba las cabezas del ganado de cerda que aquellos conducían.

¿Quién era aquel hombre? El lector tal vez no lo adivinaria... Era el señor Pizarro, el mismo señor del castillo.

Pero nuestra admiración va á aumentarse.

Los animales han entrado ya en sus pocilgas, cuyas puertas quedaban perfectamente cerradas.

Los cuatro jóvenes pastores se han dirigido á la única sala, que el tiempo parece haber respetado.

En el centro de la misma se ve una mesa, y los cuatro se colocan á su alrededor, entonan el *benedicite*, y dan principio á una cena frugal.



¿Quién hace los honores?—El señor Pizarro, á quien los cuatro jóvenes veneran y aman.

El mayor de ellos es Francisco: y en efecto, este mancebo, á quien poco há hemos visto casi desnudo entre los montes, tostado por el sol y guiando una manada de cerdos, es un mayorazgo de Estremadura.

II.

LA BATALLA.

¿Cuánto tiempo permaneció Francisco Pizarro ejerciendo la ocupación de porquero? ¿Dió por fin oídos á sus deseos que le arrastraban fuera de aquel valle tranquilo? ¿Abandonó á su padre para tomar parte en aquellos encarnizados combates, cuyos pormenores, narrados por el viejo castellano, hacían palpar á su corazón y abrasaban su cabeza?

Nadie puede decirlo.

Una circunstancia, de poquísima importancia en sí misma, decidió de la suerte de toda su vida.

Ya hemos hablado de la existencia monótona de los pastores; pero aun en la vida mas uniforme, los días trascurren y no se asemejan unos á otros. Mucho trabajo costaría, en efecto, reconocer á aquel mozo pesado y de andar lento y perezoso, agobiado por el calor y la

ociosidad, cuyo retrato acabamos de bosquejar en el apuesto mancebo, después tan activo, tan emprendedor y tan imperioso.

Conviene advertir que era un día de batalla.

¡Día de batalla! Esto exige explicación.

Los pastores del inmediato pueblo de Solana habían intentado muchas veces llevar sus ganados á un terreno del valle del Amonte, sobre el cual los de Trujillo pretendían tener derecho exclusivo. Varias reyertas habían ocurrido ya en el mismo territorio que se disputaba, pero la victoria había quedado siempre indecisa. Los dos partidos pues se habían desafiado para una batalla decisiva.

Los pastores de Trujillo llegan al amanecer al campo, á las órdenes de Francisco, que es su jefe hace ya mucho tiempo, como el mas enérgico y vigoroso de todos. Si no probare esto último el ardor que brilla en sus ojos, lo atestiguaría el sayal que le cubre, y que no es mas que un testimonio de la terrible lucha, en la cual venció á un lobo formidable.

La gente de Francisco levanta rápidamente un murallon de piedras, que defiende á los jóvenes combatientes y á sus ganados reunidos. Pero el enemigo acaba de salir de Solana, y avanza en buen orden.

Con arreglo á las prevenciones de Francisco, ningún mozo abandona el reducto improvisado: el plan consiste en dejar que se acerque el bando opuesto.

Ya se halla este á pocos pasos de distancia; Francisco da la señal, y da principio el combate: una nube de piedras, arrojadas por brazos ejércitos, ó por hondas hábilmente manejadas, desordena el ejército enemigo: vuelve sin embargo de su sorpresa, contesta á aquella descarga con otra, y prosigue vivamente la pelea.

Dura el combate hace ya muchas horas, y el ardor no decae; el sol se inclina hácia el horizonte, y el día se acabará sin que ninguno de los dos partidos pueda vanagloriarse de la victoria.

Impaciente Francisco, quiere ser el héroe de la jornada, reúne á sus amigos, les hace empuñar sus nudosos garrotes, y abriendo una brecha en la muralla que los cubría, se arroja sobre los pastores de Solana, que al pronto se retiran y luego esperan el choque á pié firme.

La lucha es terrible; mas de un mozo cae á impulsos de un brazo vigoroso ó de un garrotazo: se agarran cuerpo á cuerpo, se estrechan, el estruendo de los golpes se mezcla á los gritos de rabia, de cólera y de dolor, pero todo lo domina la voz del joven jefe de Trujillo, que esclama:

—Firmes aquí; antes morir que ceder... Adelante, adelante... Caigan los moros á nuestros piés.

La victoria se declara por los de Trujillo; los de Solana huyen despavoridos y destrozados.

Los vencedores pueblan el aire con alaridos de júbilo.

Entre tanto ha desaparecido el sol, y es preciso llevar á la población los ganados.

¡Qué desgracia! Durante el combate han huido del recinto de piedra, y al verse libres han escalado las rocas dispersándose por todas partes.

Después de mil y mil esfuerzos consiguen reunirlos los pastores, pero falta una pieza en la pira de Francisco, y por mas que la llama con su cuerno se muestra sorda y no se presenta.

La noche ha cerrado, y ya no hay esperanza.

¡Cómo presentarse á un padre iritado! ¡Cómo sufrir una corrección rigurosa!

Francisco no se atreve á volver al castillo, despídese llorando de sus hermanos, y al oír la voz de su padre, que llega al valle, cuidadoso por la tardanza de sus hijos, desaparece entre los montes.

III.

UN AMIGO.

¿Cómo vivió Francisco Pizarro? No tenía provisiones; las frutas de los bosques, las raíces y algunas limosnas le sostuvieron sin duda por la voluntad de Dios. ¿Cómo pudo atravesar las montañas de Sierra Morena y de Sierra Nevada? ¿Cómo pasó el Guadiana y el Guadalquivir?

Dejemos que la mano del Todopoderoso le saque sano y salvo de tantos peligros, para consignar que dos meses después, muerto de hambre y de fatiga, llegaba al campamento establecido delante de Granada.

Aquel era el término de su viaje; podría hacerse soldado y repartir los furibundos mandos de que tanto le había hablado su padre; dividiría de alto abajo á los sarracenos, le armarían caballero y sería presentado al rey y á la reina. Estos eran sus sueños.

Encontró al fin sitio en una de las tiendas de campaña, pan y setas, pero al acercarse á un oficial y proponerle que quería servir á sus órdenes, aquel le miró sonriéndose y le dijo:

—¿Cómo, diablos, has de aguantar la coraza, pastor?

—No soy tan débil como parezco.

—¿Y cómo has de manejar la espada?

—Aprenderé á servirme de ella.

—El ejército de S. M. católica no se recluta entre villanos como tú.

—Soy caballero, soy Francisco Pizarro, mayorazgo de Extremadura.

—Es decir que has llegado aquí como un vagamundo: haz venir á tu padre para que te presente en el campamento, y veremos si mereces el honor de combatir en nuestras filas.

En todas partes le dijeron lo mismo; en todas partes le exigían que se presentase su padre como fiador; pero ya sabemos que nunca hubiera él consentido en aceptar esta condición.

Desalentado ya y sin esperanza, el mancebo fué á sentarse en la orilla de un foso, á pocos pasos de la tienda real, y allí, á pesar de toda la energía de su ánimo, no pudo contener las lágrimas.

Todavía lloraba, cuando una mano que se apoyó en su hombro, le hizo estremecerse y levantar la vista.

(Continuará.)

A. RADEZKI.

(INÉDITO.)

La Lombardia te creyó una malva
Y halló que fuiste de su campo oruga,
Y en Roma los hermanos de Belluga
De triunfante laurel ornan tu calva:
Nadie en Novara de tu ardor se salva,
Y mas fresca Turin que una lechuga,
Al verte aproximar su faz arruga
Y de su esclavitud columbra el alba.

Mas tú, sin concederles paz ni tregua,
En ellos das cual poderosa viga,
Y así les gritas sin parar la yegua:
«¡Ea italianos! se acabó la liga;
Seguid siendo cantantes de la legua,
Que para tal empresa os falta miga».

JUAN NICASIO GALLEGÓ.

EL PADRE Y SUS DOS HIJOS.

APÓLOGO.

(INÉDITO.)

Del opaco diciembre en noche fría
Un padre con sus hijos en mi aldea
Al calor de la humilde chimenea
Las perezosas horas divertía.
A su lado el menor se entretenía
De naipes fabricando un edificio,
Con mas cuidado y atención severa
Que el mismo Churriguera
Cuando trazaba el madrileño hospicio.
El mayor repasaba
(Que ya en la edad de la razón rayaba)
Una mugrienta historia,
Depósito de cuentos y diátes,
Su lengua atormentando y su memoria
Con nombres mil de reyes y magnates.
Mas juicioso notando
Que á unos llamaba el libro *fundadores*
Y á otros *conquistadores*,
¿Cuál es, dijo al papá, la diferencia?
Aquí llegaban, cuando
Con feliz inocencia
Su travieso hermanito,
Que acababa gozoso
De coronar su alcázar ostentoso,
Saltaba de alegría y daba un grito.
Colérico el mayor se alza violento
Al verse interrumpido,
Y el palacio querido
De un ligero revés arroja al viento,
Dejando al pobre niño el desconsuelo
De ver su amada fábrica en el suelo.

El padre entonces con amor le dijo:
«La respuesta mejor está en la mano:
»El *fundador* de imperios es tu hermano,
»Y tú el *conquistador* ¿lo entiendes hijo?»

JUAN NICASIO GALLEGÓ.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.